

# CONFERENCIA

DADA EN LA

SOCIEDAD DE CIENCIAS

POR LA

## SRTA. TERESA ASPIAZU PAUL

DIRECTORA

DE LA

### ESCUELA NORMAL DE MAESTRAS

### DE MÁLAGA

la noche del 28 de Enero de 1915



IMPRENTA IBÉRICA

NUEVA, 35

Sociedad Malaguena de Ciencias



BIBLIOTECA

*Sala* .....

*Estante* .....

*Tabla* .....

*Número* 3881 .....

SM 1/73

ACADEMIA MALAGUENA DE CIENCIAS  
BIBLIOTECA



En su honor y en el de su obra  
en testimonio de la  
consideración más distinguida  
de la Academia de Ciencias



# CONFERENCIA

DADA EN LA

SOCIEDAD DE CIENCIAS

POR LA

## SRTA. TERESA ASPIAZU PAUL

DIRECTORA

DE LA

### ESCUELA NORMAL DE MAESTRAS

DE MÁLAGA

la noche del 28 de Enero de 1915



IMPRENTA IBÉRICA

NUEVA, 35





## SEÑORAS Y SEÑORES:

Distinción inmerecida que nunca agradeceré bastante, requerimientos de amistad que me honran y sagrados deberes que obligan, me traen a este sitio, en el que me presento sin más títulos que mi calidad de maestra, cono- cedora de niños, con los que desde muchos años vivo en contacto íntimo y a los que en- trañablemente quiero.

Por quererles y por deberme a ellos, vengo aquí deseando que mi palabra, sencilla y hu- milde como aquellos cuyo bien me impulsa, deje en vuestro oído rumor de simpatía, en vuestro espíritu acrecentamiento de amor y en vuestra voluntad el germen de algún propósito que los niños necesitan y yo señalaré.

No muy acostumbrada y menos aficionada a hablar en público, poco bien podré hacerlo;

con respecto a la mayoría de los que me escuchan, nada nuevo llegaré a decirles.

Perdonadme por ello en gracia a las razones expuestas y a la sana intención que me guía.

Si el hombre fuera sólo inteligencia, con la ciencia como expresión de la verdad tendría bastante, porque la inteligencia sólo de la verdad necesita. Como el hombre es también sensibilidad, apetece el arte, que es copia de la realidad embellecida. Ciencias y artes gobiernan, pues, el mundo del espíritu, tendiendo entre ellas y levantando sobre nuestras cabezas el arco triunfal de las Bellas Letras, que son ciencia y arte a la vez, algo así como la verdad coronada de flores.

Ciencias, letras y arte, amasan la piedra angular sobre que precisa construir la vida completa del hombre cimentada por la moral, dirigida por la luz radiante de la verdad pura y animada, por la caricia de la belleza en cuanto es orden y armonía, inútil deslindar campos que se confunden, distanciar verdades que se enlazan, proscribir parte de lo necesario, escatimar el disfrute y posesión de cuanto al Señor plugo en su previsión magnánima, poner a nuestro alcance. Inútil la discusión sobre el lugar preferente que unos u otros estudios deben ocupar en la educación del hombre, según su importancia e influencia beneficiosa.

Sin embargo, marcan épocas en la vida de los pueblos estas preferencias, y es que con ellas se busca remedio a los males que se padecen, y se vuelven los ojos, ya a la Ciencia como fuente de verdad, estímulo de la razón serena y observadora, freno de pasiones y desvaríos, obstáculos de ligerezas, compensación de veleidades; ya a las Letras como rocío que fecundice los estériles campos de corazones secos y almas ateridas por el soplo helado de la *indiferencia y el egoismo*.

Prescindamos nosotros de esas divisiones; abramos paso a esa trinidad augusta y consideremos borrados límites y clasificaciones, no sólo por estimar que tal debe hacerse, sino por que únicamente así podré yo atreverme a exponer mis pobres y deshilvanadas ideas ante auditorio tan selecto, y a hablar en un Centro de ciencia de algo tan elemental y tan modesto como es el asunto de *Libros y Niños*.

Es tan necesario y tan interesante que los niños lean y de tan gran trascendencia para las sociedades y los pueblos esas lecturas infantiles, que a nadie percatado de estos extremos, y todos debemos estarlo, extrañará la atención insistente que pensadores, filósofos, literatos, científicos y poetas dedican y han dedicado a este vital asunto.

Los niños necesitan leer: porque la lectura es el principal medio de instrucción, porque la

lectura frecuente despierta la afición a leer; porque esta afición, venero de placeres espirituales superiores, preserva de ocios y de apetecer placeres de orden inferior; porque proporciona alimento a la imaginación, facultad inestimable bien dirigida, y porque la lectura, finalmente, es instrumento precioso de autoeducación, de esa educación de sí mismo que no debe acabar nunca y que para muchas, muchísimas gentes, y por desgracia suya, nunca puede empezar.

Es interesante que los niños lean; porque el no leer priva de los beneficios incalculables que la lectura proporciona y porque el espíritu, falto de este alimento, busca otros muchas veces malsanos. Es trascendental e importantísimo, porque el leer redime a los pueblos, pues redención humana es salir de la ignorancia, el embrutecimiento, la *indiferencia*, el *egoísmo*, la estrechez de miras, la apatía, la debilidad, el sueño de las actividades espirituales, que, cuando duermen, semejan la muerte.

Mr. Pécaut, el apóstol e inspirador de la moderna pedagogía francesa, alma de la Escuela Normal Superior de Maestras de Francia, en el pintoresco pueblecito de Fontenay-aux-roses, eligió como lema y motivo de toda su obra esta sentencia, que al pié de su busto y a la entrada del hermoso edificio de la Escuela

llamó mi atención y me sugirió un mundo de ideas: «Educar es despertar un alma.»

Nada más exacto y si en el desarrollo de este pensamiento, dando vida a su labor, que no he de juzgar en el momento presente, no faltase algo muy grande, Mr. Pécaut habría dicho la última palabra y dado en media línea todo un tratado de educación.

¡Despertar almas! ¡Hay tantas que duermen! Su número agobia por lo incontable y su sueño peligroso y amenazador espanta. Duerme el que apenas veló y natural es que duerma por ser niño, duerme quien no quiere despertar porque el dormir es cómodo y duerme quien no se acostumbró a la vela ni casi sabe lo que es estar despierto, bien despierto, en condiciones de emplear todas sus riquezas, ejercitarse en todas las armas, usar todas sus herramientas de trabajo, utilizar todas sus energías y capacidades a fin de ofrecer la mayor suma de bien y de provecho y de rendir cuenta leal y estricta de todo cuanto recibió, según los fines a que fuera dotado.

Y para que del sueño explicable del niño no se pase al sueño culpable del hombre y para que ese sueño de infancia dure solamente lo que deba durar, ayudémosle a despertar sabiendo despertarle; esto es, conociendo al niño y empleando los medios más conducentes y creedme: medio eficacísimo es la lectura si es

lectura talmente para niños; escrita por quien se haga niño para conocerle como cosa propia y hablarle en su lengua, que no es la nuestra y sea hombre, al mismo tiempo, para poner a contribución caudal de experiencia, saber y ternura.

En Inglaterra, esa nación práctica por excelencia, en la que de la vida del hogar se hace culto y a la formación de almas sanas y enérgicas se presta especial interés, el niño ocupa sitio de honor en la literatura patria porque para el niño y por el niño se escribe, creando una verdadera literatura infantil, tomando del mundo de la infancia caracteres para la encarnación de personajes que se estudian en vivo con la obstinada constancia de voluntades firmes, la penetrante observación del verdadero talento y que se presentan con la autoridad de un arte personal, indiscutible y consagrado.

Y escribiendo para los niños y dando asunto a obras infantiles, son legión los nombres eminentes que pueden citarse.

Dickens, Blake, Walter Scott, Kipling, Dogson, Carroll, Tennyson, Rusking y tantos otros, con los que rivalizan dignamente Mayne Reid y Fenimore Cooper, en América; Perrault, Gallard, La Fontaine, Girardin, Mme. Colomb, Jorge Sand, Dumas, Daudet, Saint-Pierre, en Francia; Hoffman, Beckstein, Hebel en Alemania; en Dinamarca, Nansen, el de las atre-

vidas y heroicas expediciones por regiones polares; Andersen, el cuentista-poeta de mitos y símbolos, junto con los escritores italianos, de estilo brillante y de palabra cálida.

¿Quién no aprecia el valor educativo de *Corazón*, ese interesantísimo libro de Amici? Quién no sabe que Italia marcha a la vanguardia de la psicología infantil, esa psicología tan difícil de dominar por faltarnos en su aprendizaje la principal fuente de conocimiento, que es la observación propia? Quién no ha oído hablar en Francia de la Biblioteca rosa?

¿Quién no se ha deleitado con los cuentos de Grimm y se ha encantado con los de Andersen, traducidos a todos los idiomas, y no ha sentido palpar fuertemente su corazón y nublarse sus ojos de lágrimas ante *La última lección*, de Daudet, ese precioso y vibrante cuento patriótico, en que la emoción nos invade y avanza como la ola de la marea creciente?

Porque, fijaos bien: la literatura de los grandes suele aburrir a los pequeños, que no la entienden y no la sienten salvo casos de precocidad peligrosa y malsana; pero la literatura infantil, la de hombres *eminentes* que se hagan niños y para niños hablen y en su lengua se expresen, encanta a los chicos y refresca el alma de los mayores; es el eco de pasados y más felices tiempos en que, pobres de experiencia y de entendimiento cultivado, éramos

ricos en ilusiones, en inocencia, en esperanzas acariciadoras.

Escribir para niños es empresa difícil. Para ello precisa adentrarse en el alma del niño, penetrarse de su psicología, tener en cuenta que el niño, desde sus primeros años hasta que llega a su completo desarrollo psico-fisiológico, es una evolución y un desplegamiento constantes y que, en consecuencia, cada edad necesita libros especiales; precisa no echar en olvido que cada niño es un mundo distinto, por lo que hay que tener presentes todas las diferencias posibles.

La literatura infantil es muy difícil, porque quien escribe para niños, según voz autorizada, debe fundir en su palabra la pintura, la música, el gesto, a fin de que la exposición sea completa, vívida, que dé al niño una fuerte impresión de la realidad. Así, Andersen alcanzó sus mayores éxitos en los cuentos orales, que acompañaba de la actitud, del traje, de la voz, del movimiento, en la imitación de los personajes que caracterizaba.

Por eso, en escritores medianos fracasa lastimosamente, y ese fracaso se traduce no sólo en la escasa o nula aceptación de sus creaciones, sino en el efecto contraproducente, pues que el niño se disgusta de la lectura, en vez de aficionarse a ella.

La literatura infantil es difícil; por eso es ne-

cesario que sean escritores, literatos, científicos y poetas quienes a ella dediquen, no el tiempo de su vagar y a guisa de concesión graciosa, sino lo máspreciado de su trabajo y de su valer y como cumplimiento de deber sagrado e ineludible, por la deuda que contraemos con los que nos precedieron y los que han de sucedernos, toda vez que cada generación es la resultante de la anterior y la preparación de la siguiente.

Por eso, las generaciones futuras no serán más que las que nosotros moldeemos con los materiales que el tiempo nos ofrezca. Y sin que se achaque a pesimismo de espíritus desencantados ni añoranzas de viejos, la época presente, triste es decirlo, es época de graves males.

De peligro de muerte son la indiferencia, el egoísmo, la falta de ideales; porque pueblo que tiene su sensibilidad adormida, pueblo que no siente, pueblo que no cree, pueblo que no sabe, pueblo que no se agita, ni se conmueve, ni se entusiasma, ni confía, ni lucha, ni protesta, ni se defiende; pueblo que no se esfuerza en hacerse mejor, pueblo que no eleva sus ojos hacia los ideales que allá en lo alto aparecen como señal salvadora que muestra el camino, sostiene el ánimo, indica el sitio de llegada, reanima nuestras fuerzas y nos sirve de guía y de consuelo, de sostén y de

alivio, de aspiración intraducible por lo perfecta y posible por lo real; pueblo que yace bajo el conjunto abrumador de tantas desdichas, es pueblo próximo a la muerte.

Y como esta proximidad nos ronda, hay que salir de estos pasos difíciles y llevar a nuestro pueblo a sitio seguro, de vivir próspero, tranquilo y elevado. A la niñez de hoy, juventud de mañana, hay que encomendar el milagro, poniéndola en condiciones de hacerlo; y a tal punto es misión de todos esta encomienda, que ni un solo de entre nosotros queda exento de cumplirla.

En la casa, en la calle, en el templo, en la escuela, en la cátedra, en el periódico y el libro, sin descuidar momento ni desdeñar medio en la medida que cada cual pueda y en la parte que a cada uno toque, hay que declarar guerra a muerte al enemigo y formar en nuestros niños la convicción íntima y absoluta de que no se tiene entendimiento para dejarlo yermo e inculto, ni razón para no ejercitarlo, ni corazón para no amar abnegadamente, ni voluntad para no emplearla en el obrar recto, cueste lo que costare: que el Señor nos dotó con esplendidez para que hiciéramos buen uso de sus dones, respecto de los cuales tendremos que rendir estrecha cuenta, y que aquel que no lo hiciere es reo de ingratitud y de traidora usurpación.

Hay que considerar a esas pequeñas almas que nos rodean como si de nosotros procediesen, porque, en cierto modo, nosotros somos su espejo y ellas la imagen reflejada.

Y para los hijos, ¿hay algún padre que necesite se le encarezca amor, solicitud y vigilancia? ¿Hay algún padre a quien las fieras, que se desviven por sus hijuelos, tengan que enseñar? ¿Hay alguno, por menguado que sea, que no ansíe para esos pedazos de su sér alma perfecta, en la humana acepción de la palabra?

...La ternura, el cariño y la abnegación brotan en el corazón de los padres como flores benditas plantadas por mano del Altísimo, pero el Señor siembra para todos, porque de todos es Padre; por eso llora sobre los niños desamparados y se duele tanto del abandono de sus almas; por eso quiere que el paternal aroma de esas flores de amor llegue a todos los niños; por eso nos dice, como a hijos de Dios, hermanos de niños, tutores de inocentes, cristianos, patriotas, amad a la infancia y trabajad por su bien.

Hagámoslo y ayudémonos del libro, porque el libro tiene un radio de acción mucho mas extenso que nuestra palabra, nuestro contacto y nuestro ejemplo; porque el libro llega a todas partes; porque en el libro se deposita nuestra experiencia, nuestro saber, nuestras riquezas interiores, el caudal de muchos; por-

que en el libro se pone nuestra alma, inmateral é intangible, hecha carne por el dominio y conocimiento de ese instrumento maravilloso, de ese don inapreciable, de ese tesoro sin igual que se llama lengua hablada y escrita, que respondiendo a las solicitudes de la necesidad, acude desde el primer momento y desde el primer albor de nuestra vida, pero no se entrega completa y amorosa, sin regateos ni vacilaciones, sino a quien la admira y la corteja y en ella trabaja y profundiza.

Rindamos tributo al libro y estudiemos nuestra lengua, y después de conocerla, ya formada y rica, en posesión de nuestro léxico y de sus primores, asombro y envidia de otras lenguas menos afortunadas, estudiemos por regresión el vocabulario del niño, no sólo más reducido, mucho más reducido que el nuestro, sino de un carácter especial y distinto, como reflejo fiel y manifestación exacta de un espíritu que, si en esencia es el mismo, en modalidades y puntos de vista es muy diferente del espíritu del hombre.

Asuntos para los libros de los niños? Cuantos puedan conmoverles e interesarles, cuantos deban conocer y puedan enseñarles algo bueno en todo orden de cosas, pero atendiendo a lo que es el niño, a lo que en él predomina la imaginación y a la conveniencia de servirse de esta facultad.

Son muy apropiados los cuentos, las fábulas, la historia, los viajes, las expediciones, los inventos, las biografías, las descripciones, las narraciones geográficas, porque al par que educan, despiertan ideas y proporcionan conocimientos. Aun hay más: todas las materias de estudio pueden figurar, con tal de que la forma sea sencilla, clara, metódica, espontánea, fresca y atractiva; hecha, en una palabra, con la difícil facilidad de que hablaba Horacio.

A la cabeza de las composiciones infantiles, y por derecho propio, figura el cuento, arrebatamiento de los niños. No he conocido uno solo, y llevo visto muchos, que sea insensible a su encanto. ¡Y qué partido puede sacarse de este efecto, pese a las sequedades del filósofo Kant, que los proscribió!

Para el cuento no hay edades, aunque cada una sea impresionada con su lectura de distinto modo y el provecho resulte más o menos parcial o completo. Este privilegio del cuento radica en varias causas: en el cuento cabe todo: ingeniosidades, travesuras, trabajos, aventuras, peligros, heroicidades, cuadros apacibles, situaciones dramáticas, magnificencias variadas, experiencia encubierta, belleza visible y radiante. Su comprensión y su goce, no exigen madurez ni profundidad de espíritu, preparación especial ni esfuerzo penoso; y como en el cuento el triunfo final suele ser el del bien

el alma del lector se siente satisfecha en ese deseo de justicia, que en el niño es anhelo anticipado e instintivo, en el hombre es derecho, es compensación, es aspiración racional y fundada.

De ahí el éxito de los cuentos de hadas, en los cuales el niño solo percibe creaciones portentosas y brillantes que superan al ambicioso ensoñar de su fantasía y que gobiernan y se mezclan al vivir de un mundo imaginario donde las buenas hadas ganan a las malas la última batalla; el hombre, a través del cendal áureo de la poesía simbólica, ve su mundo, pero un mundo mejor, donde siempre triunfa lo bueno, lo bello y lo justo, porque es, señores, el mundo del *ideal*, consuelo santo en el mundo real que nos rodea y anuncio divino de aquel otro mundo que tras de la muerte nos aguarda.

¡El ideal! Mi mente se turba y mis angustias se renuevan al pronunciar estas palabras y considerar lo que quisiera, lo que debiera decirnos. No sabré; no acierto. Y sin embargo, es idea tan dominante en esta desaliñada conversación mía, que cuanto voy diciendo está supeditado y pendiente de esas dos palabras que allá en lo Alto y con claridades de estrellas distinguen nuestros ojos, cuando no se obstinan en inclinarse al suelo y aunque los empañe la nube del dolor y de la amargura.

Y porque en esa amargura y ese dolor sirven precisamente de amparo y de sosten, y porque son escudo en las batallas de la vida, y porque nos ayudan a vencer tentaciones de pequeñeces y de rastrerías, y porque son renovación de fuerzas interiores y por lo que nos mejoran y ennoblecen y nos levantan sobre las miserias de la vida, reverenciémoslas como trazadas por la mano de Dios, que con ellas quiso darnos una prueba más de su bondad infinita, puesto que, colocadas en el camino sin fin que nos separa de la perfección excelsa, le parte, le divide y produce la impresión consoladora de algo que por más reducido y más humano y menos perfecto está casi a nuestro alcance.

Porque el ideal, como sabemos, está un punto más adelante de donde concluye la posible y corriente capacidad humana y empieza la asistencia sobrenatural y divina; esto es, lo suficientemente cerca para que no resulte insensata la aspiración a realizarlo, lo bastante lejos para que no se traduzca nunca por entero. Tiene que ser así, pues en cuanto se tradujese, dejaría de ser el arquetipo o prototipo único de perfección relativa y se apagaría en nuestro corazón la antorcha del deseo hacia un mejoramiento progresivo y constante.

Pero estas palabras *hasta aquí nada más* que marcan el límite de lo humano realizable, desaparecen en la claridad irradiada de los

caracteres escritos que forman esas otras dos voces *el ideal*; de la misma manera que los astros muy próximos al Sol funden su luz, como tributo de respeto y vecindad amorosa, en la deslumbrante y espléndida del rey de la vida.

De aquí que no sabiendo su lugar cierto, podamos seguir en nuestra carrera generosa sin temor al *no puedo* que el espíritu débil deja escapar, desalentado, cuando el término está muy lejos o el camino es muy áspero.

Y así, como dice el ilustre pensador americano José Enrique Rodó, «la humanidad, a través de la dura experiencia de los siglos, renueva de generación en generación su activa esperanza y su ansiosa fé en un ideal; y del renacer de las esperanzas humanas y de las promesas que fían al porvenir la realidad de lo mejor, adquiere su belleza el alma joven.» Y del fondo de la vida surge el *no importa*, altanero y hermoso desafío a los pesimismos y mar en que se ahogan los egoismos utilitarios.

Y no bien la eficacia de un ideal ha muerto, la humanidad viste otra vez sus galas nupciales para esperar la realización del ideal soñado, con nueva fé, con tenaz y conmovedora insistencia.

Porque el ideal, que en sí es uno, como uno es el bien, como una es la verdad, como una es la belleza, en su constitución es vario, respondiendo su unidad a la del espíritu y su va-

riedad a las distintas épocas, circunstancias, necesidades y deberes de los pueblos y de los individuos.

Por eso cada época y cada pueblo, cada sociedad y cada persona, debe atender con preferencia y cuidado más exquisito y conciencia más estrecha a la custodia y veneración de los ideales parciales que más necesite o más en peligro vea, al modo que cuida, defiende y repara los tesoros que más precie, las obras de arte que más admire, aquello que más ame, los elementos de vida que más falta le hagan.

Ofensa hacia vuestra cultura y petulancia en mí, sería su señalamiento.

De ideales amenazados, construcciones que flaquean y luces salvadoras que amenazan extinguirse, quién no sabe en los tiempos presentes? Quién que piense con alguna elevación de espíritu y anhele intensamente y vea y observe, no distingue el peligro, encarnado en las tropas enemigas?

Mandadas vienen por la falta de fé, de sinceridad, de entusiasmo, de actividad, de verdadero patriotismo, de alegría interior, de esa alegría que, con la esperanza, teje la juventud eterna del alma de los pueblos. Temibles caudillos, que entre los pliegues de vuestra bandera nos traéis muerte afrentosa, sin lucha y sin gloria: os conocemos.—Para batirlos en retirada, señores, debemos congregarnos, apor-

tando, con cuanto buen deseo haya en nuestros corazones, aquello de que cada uno disponga: unos su sencillez, otros su ciencia; unos su caridad, otros su talento; unos su elevada posición, otros su trabajo humilde; unos el ímpetu que abre la brecha, otros la perseverancia que la agranda y a la que nada se resiste; unos su dulzura, otros su fuerza; unos su actividad, otros su arte; y *todos* el amor, el entusiasmo, la fé. Y como ambiente, el espíritu de sacrificio y la renuncia de vanidades porque toda lucha noble así lo exige y porque no hay buena obra común que prospere, sin cerrar los ojos sobre la conveniencia y el halago propios.

Vosotros, padres y madres; no caigais nunca en la tentación de apartar a vuestros hijos del deber arriesgado y heroico porque en él se expongan sus intereses y hasta su vida misma; no limiteis el círculo de sus virtudes al hogar y a la familia; no les hagais creer nunca que hay algo a su alrededor que a ellos no importe, pues que, según sabeis por sana moral, no hay en la vida acto concreto indiferente; no les dejeis pensar en ningún tiempo que su mundo empieza y acaba en ellos, y los suyos; no escuchéis estas voces que son las del egoismo, de un egoismo que no por ser el santo egoismo paternal es menos censurable.

Y vosotros, señores, cuantos me oís y que

al escucharme dais la más amable prueba de paciencia, ayudadnos a los maestros y educadores; dignaos sumaros a nosotros los humildes y acercaos al niño trabajando para él. No os asusten las dificultades de la empresa; la buena voluntad podrá con todo.

Ayudadnos a infundir en el niño ideas y aspiraciones elevadas, que más tarde, cuando son hombres, se congregan para formar el ideal tan necesario al individuo como a la sociedad que, privada de ideales, tiene que rendirse al materialismo *suicida*, que es su muerte.

Trabajad con fé, y el fruto responderá a la siembra; poned vuestra alma entera, y salvando la distancia que os separa del niño, os encontrareis con la suya. Y pues las buenas lecturas contribuyen, cual ningún medio, a la preparación del ideal, acudamos a ellas.

Si de pronto no tropezais con asunto que os parezca propio para libro de niños, no le hace; con tal de que le habéis de algo grande y emocionante, el niño os entiende.

No fueron ciertamente escritos para niños el Robinson Crusoe, símbolo de un carácter decidido y enérgico, ni esa maravilla arquitectónica en el mundo de las Letras que se llama el Quijote, ni esa joya de patriotismo científico que se titula «La estrella polar» y se debe a un escritor de regia estirpe, el duque de los

Abruzzos; y no obstante, las dos primeras obras han dado la vuelta al mundo en manos de los niños y la última entusiasma a la juventud idealista y estudiosa.

No fué escrita para niños una bellísima composición que yo miro con singular cariño porque fué la última vibración del alma de un poeta, profundamente religioso y hondamente apasionado de la Naturaleza y sintió como nadie y... por qué no decirlo? porque esta honra de la literatura era maestro.

La poesía de referencia se titula «Canción»; no fué escrita para niños, pero qué hermoso ejemplo de fé y de resignación cristiana y de reacción valerosa encierra!

Si Gabriel y Galán quiso vivir en ella y dejarnos memoria perdurable de su aspiración postrera, se sentirá satisfecho aun desde la mansión donde no se ambiciona. Y de su «Himno al trabajo», premiado en América, y de su «Vaquerillo» y de «Las hormigas» y de su «Alegórica» y de casi todas sus creaciones poéticas, cuánto provecho educativo puede sacarse!

Tampoco escribió para niños la gran figura del clasicismo español, el del estilo terso y puro como el agua que pone en sus fontanas, el que también tuvo discípulos y los amó y en su conducta fué espejo vivo de humildad y dechado perfecto de la caridad que perdona y

olvida, elevándose sobre mortificaciones é injusticias; el autor de «Noche serena», «Vida del campo» y «Los nombres de Cristo», Fr. Luís de León, cantor inimitable de la paz del alma, astro refulgente en el cielo sin par de nuestra mística. No escribió para niños y, sin embargo, cómo pueden aprender los niños en sus obras!

En cuanto a los que en España hicieron libros para niños, ¿a qué citar nombres si todos sabemos que valen mucho, pero son muy pocos y de labor muy reducida, para lo que se ha hecho y se hace en otros países con los que el nuestro no puede resistir la comparación más indulgente?

¿Y no es pena, señores, que nuestros niños, los representantes futuros de la noble raza española, los descendientes del hidalgo solar castellano, los depositarios de nuestros ideales; los herederos forzosos de nuestras riquezas legendarias se vean en tamaña pobreza?

Ayudadnos, señores, que el trabajo iniciado necesita aumentarse e irradiar para los fines redentores de la lectura y ésta necesita así mismo graduarse para que, sin sentirlo, se pase de la literatura infantil a la literatura seria de los mayores. Y en una y en otra mirar hacia arriba, recordando el pensamiento final de Rodó en «su Ariel.» «Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que aunque ella no mira

al Cielo, el Cielo la mira; sobre su masa indiferente y oscura, como tierra de surco, algo descende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.»

Es preciso, señores, y perdonad si tanto insisto, que nos ayudemos en la medida de nuestras fuerzas, para que al término de la jornada podamos en conciencia repetir las palabras del Divino Maestro: «No he perdido, Señor, ni uno solo de los que me entregásteis.»

HE DICHO.







BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6101157082

